



En la segunda mitad
del siglo XIX

Omnibuses tirados por 84 mulas

Así es: el primer ómnibus con que contó Montevideo fue a tracción a mulas; cuatro o cinco por unidad. Pero fueron 84 las que, en conjunto, atendieron a los vagones que prestaron ese primer servicio de transporte colectivo.

Para calibrar en sus justos términos este cuadro que combina mulas y vagones, tenemos que trasladarnos al año en que se firma por fin el tratado que da por concluida, después de doce años interminables, la devastadora Guerra Grande: 1851.

En ese momento teníamos, de un lado, la ciudad de Montevideo, reducida a lo que es hoy la Ciudad Vieja; y del otro la Villa de la Restauración, que en ese momento de euforia pasó a llamarse la Unión. Y entre Montevideo y la Unión prácticamente no había nada, como no fueran algunos caseríos, quintas aisladas, poca cosa más.

El camino que unía a esos dos núcleos tan distanciados entre sí era prácticamente inexistente, sembrado como estaba de baches, pastizales y más que nada pantanos, que lo hacían casi intransitable. Alrededor de quince o veinte pantanos, se calcula. Y para sortearlos había que desviarse a cada poco rato y no dudar en meterse incluso en propiedades particulares para seguir adelante.

Aunque ya se hizo referencia a la vastedad de estos pantanos en el tomo III de “Boulevard Sarandí”, baste recordar que frente al Cementerio Inglés de entonces (donde hoy se levanta el Palacio Municipal) había uno de tal tamaño que, para tapanlo, hubo que echarle 1.320 pies cúbicos de piedra, tierra y pedregullo...

Frente a la actual Plaza de los Treinta y Tres había otro pantano de mayor extensión todavía. Y seguía uno muy considerable frente a la actual Universidad; otro por lo de la Gallinita, después Municipio, hoy Martín C. Martínez; y otro más frente al que es hoy el Parque Central, y así sucesivamente. Ese recorrido entre el Centro y la Unión que hoy hacemos en unos veinte minutos de ómnibus, entonces podía insumir cerca de una hora y media o dos, y con un andar más que accidentado.

Agreguemos que para recorrer semejante distancia había que contratar algún carruaje particular, que cobraba alrededor de medio patacón la ida y vuelta (unos 48 centésimos). Pero ése era el precio si el cochero estaba de buen humor, porque de lo contrario podía subir la tarifa cuanto se le antojase, y el cliente ni chistar porque corría el riesgo de quedarse de a pie chapaleando entre los pantanales.

Frente a este estado de cosas, y en vista de que la paz flamante autorizaba venturosos sueños de futuro, un grupo de vecinos de la Unión resuelve instaurar una comunicación regular con Montevideo. Lo primero que hacen es fundar una entidad que se llamó “Sociedad de Omnibus” y que fue presidida por un prestigioso ciudadano unionense, don Norberto Larravide, recordado por una calle muy céntrica del hoy barrio de la Unión.

En 1853 queda constituida la sociedad con un capital de 4.800 patacones integrados por acciones. Pero se ve que estos vecinos visionarios e inquietos se venían moviendo desde mucho antes en torno a este proyecto, porque cuando se fundó la Sociedad, ya los primeros ómnibus –que eran de fabricación inglesa– venían en viaje. Quince días después ya estaban en la Aduana las dos primeras unidades.

Eran unos pequeños vagones con capacidad para 24 personas, aunque después, puestos a andar, albergaron habitualmente entre 28 y 30 pasajeros, que no se sabe bien cómo llegaban a acomodarse en ese espacio.

Un detalle pintoresco de estas unidades inglesas era que tenían lo que se llamaba “el imperial”, esto es, una planta alta completamente descubierta que hacía las delicias de los viajeros y era muy disputada cuando nuestro clima imprevisible permitía ir gozando de aquel balcón encantador.

El domingo 24 de abril de 1853 fue día de fiesta para todo el vecindario entusiasmado con el nuevo juguete. Uncidas las mulas correspondientes a cada unidad, fueron dos vagones los que entraron en circulación entre los aplausos y plácemes de los que no se quisieron perder el espectáculo. Ese primer día, los vagoncitos hicieron tres viajes cada uno en su trayecto Unión-Montevideo-Unión, transportando en total a unas 200 personas que se apretujaron para ser ellos los inauguradores de los flamantes vehículos nunca vistos.

El precio del recorrido era barato, al menos en comparación con lo que habían costado los carruajes hasta entonces: 10 centésimos, que todo el mundo pagó de muy buena gana. Los puntos terminales del recorrido eran, en Montevideo, la Plaza Independencia; y en la Unión, la parada de las diligencias que

salían para el Interior. En la terminal de la Unión comenzó a funcionar una fonda y posada, donde se podía tomar algo y reunir fuerzas antes de emprender el viaje hasta el remotísimo Montevideo...

Y allá marchaban nuestros primeros ómnibus traccionados por mulas, traqueteando entre pantanos a lo largo de las actuales 8 de Octubre y 18 de Julio. Los montevidianos reventaban de novelería y orgullo ante la recién llegada conquista que hacía olvidar en parte las amarguras de la Guerra recién terminada. Aquellos ómnibus se les aparecían, tal vez, como el símbolo de las realizaciones progresistas que, con seguridad, la paz iba a traer consigo... (sin sospechar que muy pronto los hechos arrojarían por tierra las más acariciadas esperanzas).

En honor de los organizadores unionenses de esta primera Compañía, hay que decir que todo se hizo a crédito: la compra de los dos ómnibus, las obras de la estación terminal y la adquisición de las 84 mulas que hicieron falta para alternarse en tirar de los vagones. Tal era la confianza que inspiraban esos hombres en el vecindario, que todo lo consiguieron e hicieron antes de haber colocado la totalidad de las acciones y antes aún de cobrarlas.

Tan floreciente fue este negocio desde el principio, que a las pocas semanas de inaugurado el servicio se encargaron tres nuevas unidades, esta vez a Francia; con lo cual nuestro vecindario quedó más contento todavía, pensando que tendríamos ómnibus igualitos a los que circulaban por la mismísima París, que ya era la Meca soñada de todo buen montevidiano.

Lástima que, en cambio, las 84 mulas fueran criollas, apenas, y bastante rústicas según cuentan.

Duelo a dos pistolas con una sola bala

Juan Carlos Gómez hizo de la hidalguía romántica un estilo de vivir. Abundan los episodios donde exhibió este rasgo de su carácter; pero en pocos se lo ve lucir con tanta grandeza y dramatismo como en un enfrentamiento personal que pudo llevarlo a la muerte.

Hombre principista, apasionado político, practicaba un periodismo combativo que muchas veces lo llevó a protagonizar polémicas con adversarios que no le iban en zaga.

En cierta ocasión le tocó enfrentarse con un periodista argentino, Nicolás Calvo, famoso por su lenguaje agresivo que no tardaba en llegar hasta el agravio personal; y como era un excelente esgrimista y practicaba con asiduidad el tiro al blanco, casi siempre culminaba sus disputas con un desafío a duelo en el que llevaba todas las de ganar.

Desde diarios rivales, Juan Carlos Gómez y Nicolás Calvo se enfrentan en una prolongada polémica, que iba subiendo de tono y temperatura, hasta que el uruguayo, hartó ya de las bravatas de su rival, stampa en su artículo la frase siguiente: *“Hay algo de innoble y de cobarde en gastar veinte años de la vida en ejercitar la destreza de las armas y las fuerzas del músculo, para presentar por cualquier causa el “cuco” de la punta de un florete o de la boca de una pistola”*. Y remataba su artículo tratándolo de matón, y otra vez de cobarde.

La reacción indignada del argentino no se hizo esperar, y entonces le contesta a Juan Carlos Gómez haciéndole la siguiente insólita propuesta: *“Usted me llama espadachín y cobarde. Eso es villano. He aquí la prueba de que usted miente: le propongo meter dos pistolas en una bolsa, cargada una y la otra vacía, y tirar a la distancia que usted elija. Para hacer esto no se necesita tener destreza: basta tener corazón”*.

Como se ve, lo que proponía Calvo era una especie de ruleta rusa en la que sólo el azar, de una manera ciega y cruel, elegiría a la víctima. Pero Gómez no vaciló ni un segundo: *“Tengo por regla no desafiar jamás, pero también no rechazar ningún desafío”*.

Los contendores designan a sus padrinos y el duelo queda concertado de inmediato. En una madrugada, los dos rivales se encuentran en una callecita de sauces solitarios. De acuerdo con lo convenido, los dos padrinos cargan una sola de las pistolas con una bala “de tres cuartos” –especifica el acta–, y luego colocan las dos armas en una bolsa.

Se sortea a continuación quién deberá extraer primero una de las pistolas. Le tocó en suerte a Calvo, quien saca un arma de la bolsa. La otra le es entregada a Gómez. Los padrinos explican cómo se desarrollará el duelo: los dos rivales se colocarán a una distancia de quince pasos cortos; los padrinos darán tres palmadas y a la tercera dispararán ambos.

Así se hace. Los dos duelistas se han puesto a la distancia acordada, se apuntan cuidadosamente y a la tercera palmada... no disparan los dos, sino únicamente el argentino. Gómez se abstiene de hacerlo. Pero de la pistola de Calvo no sale ningún tiro: le había tocado la pistola vacía.

*Juan Carlos Gómez,
duelista hidalgo y...
corajudo.*



Desde ese momento, Calvo queda a merced de Juan Carlos Gómez. Este no deja de apuntarlo con su pistola cargada. El momento es sobrecogedor. Calvo, indefenso, espera el desenlace, que no va a demorar. Los padrinos, angustiados, se disponen a auxiliar a la víctima no bien la tragedia se desencadene. Enmarcando la escena, la naturaleza parece haber enmudecido.

Pero de pronto Juan Carlos Gómez levanta la pistola y dispara su tiro al aire, acompañando la acción con una frase de efecto, muy al gusto del romanticismo entonces en boga: *“He venido a morir y no a matar”*...

Y así concluye aquel duelo terrible: con ese gesto caballeresco y romántico de quien era un prototipo genuino de romántico y de caballero.

Para decir la estricta verdad, este episodio no ocurrió en Montevideo, sino en Buenos Aires. Pero se justifica incluirlo en estas historias de nuestra ciudad, no sólo porque su protagonista fue montevideano de nacimiento, sino porque estuvo estrechamente ligado a importantes acontecimientos políticos que tuvieron su centro y su escenario en nuestra capital.

Sarmiento en el manicomio

Domingo Faustino Sarmiento visitó en varias ocasiones a Montevideo, con distintos motivos. Lo vimos en el Tomo II de esta obra presenciando alguna escena del Sitio de Montevideo durante la Guerra Grande. Pero concluida

ésta, retornó más de una vez a nuestra ciudad; y en una de esas ocasiones, ocurrió este episodio que nos muestra su carácter un tanto extravagante e imprevisible.

Llegado a Montevideo, se lo invita a dar una conferencia en el Manicomio, ignoro sobre qué tema y por qué en ese lugar preciso. El hecho es que allá marcha Sarmiento en carruaje y es recibido con muestras de respeto y consideración por las autoridades del establecimiento. El Director lo hace pasar a su despacho, donde conversan larga y amablemente.

Invitan entonces a Sarmiento a hacer una recorrida por las instalaciones del Manicomio y visitar las salas donde se hallan reclusos los pacientes. Pero Sarmiento rehúsa con sonrisa socarrona: *“No, no, ya bastante se dice por ahí que me falta la necesaria cordura, como para arriesgarme a una confusión y que terminen diagnosticándome quién sabe qué enfermedad real”*...

Todos ríen de la ocurrencia y le proponen recorrer en cambio los hermosos jardines de la quinta de Vilardebó. Sarmiento acepta de buen grado, y entonces salen en comitiva, acompañados por varios médicos y algunas hermanas de caridad.

El paseo se va desarrollando en medio de una charla amable, en la que sobresale la locuacidad y la gracia proverbiales de Sarmiento. Pero de pronto el invitado enmudece, se detiene en seco, deja con la palabra en la boca al Director, y rápidamente se aparta del grupo sin dar razón alguna. Todos se miran sorprendidos.

Sarmiento se encamina con paso resuelto hacia un cantero próximo, sin vacilar se interna en él, luego se detiene abruptamente y allí se queda inmóvil, sin hacer el menor caso de los demás.

Nadie puede entender la razón de aquella insólita actitud. Los médicos se cruzan miradas de desconcierto. Parecen decirse: *“¿Entonces sería verdad, nomás, que el gran Sarmiento...?”* En ese momento lo ven agacharse, forcejear un momento y volver a ponerse de pie. Poco después Sarmiento regresa al grupo, que lo recibe con cierta actitud prevenida.

A todos les sorprende la cara iluminada que trae Sarmiento, y una sonrisa infantil de oreja a oreja. En la mano sostiene una florcita amarilla insignificante, que él exhibe como un mínimo trofeo que sin embargo lo llena de satisfacción. *“Cuando pasamos cerca, me pareció que era. Y no me equivoqué”*, le dice al grupo que no deja de escucharlo todavía con algún recelo. Explica entonces que él es un botánico aficionado, cosa que nadie sabía, y la flor que

encontró pertenecía a una variedad rarísima que hacía tiempo buscaba infructuosamente.

Todos respiraron aliviados, mientras Sarmiento hacía girar entre sus dedos la florcita que tanto lo alegraba. Pero en sus ojos había una chispa divertida, mientras observaba atentamente a cada uno, entendiendo el azoramiento que todavía no se había borrado de sus rostros: ¡buen susto les había dado!...

Un extravagante en el Cementerio Central

El primer cementerio que tuvo Montevideo y que puede considerarse tal, comenzó a funcionar en 1808. Se lo estableció bien lejos de la ciudad, como aconsejaron los médicos. Y entonces se eligió un vasto espacio... en las actuales Andes y Durazno, como vimos en otro apartado.

Pero andando el tiempo, al expandirse Montevideo, Andes y Durazno ya no fue “lejos”, sino “dentro” de la ciudad. Había que alejar de nuevo el cementerio principal; ¿y qué más lejos –pensaron los montevidEOS de entonces– que la zona donde hoy se encuentran Yaguarón y Gonzalo Ramírez? Y allí mismo se lo emplazó, sin prever que poco tiempo después Montevideo seguiría su marcha hacia el este, dejando al cementerio englobado otra vez dentro de una urbe que no cesaba de expandirse.

Los primeros tiempos del Cementerio Central –hay que decirlo– fueron lamentables. Tanto que el Jefe Político de Montevideo, no mucho después de terminada la Guerra Grande (digamos 1855), se propone mejorarlo, aunque reconoce la falta de recursos que padece el país devastado por la contienda. Entonces resuelve hacer una suscripción entre el vecindario, con la que pensaba pagar al menos el revoque de los muros y ponerle números de mármol a los nichos, que ni eso tenía nuestro cementerio... principal.

Recién cuatro años más tarde, bajo la presidencia de Gabriel Antonio Pereira, se pudo pensar en mejorar realmente al Cementerio Central, para ponerlo a tono con la jerarquía que iba adquiriendo la ciudad. Una de las primeras obras que se encaran es la construcción de una Rotonda que sería revestida con nichos por fuera y por dentro.

El domingo 14 de agosto de 1859 se coloca la piedra fundamental de la que iba a ser suntuosa rotonda, para cuyo acto fueron designados “padrinos” el

Presidente de la República y su esposa. Pero fue un domingo lluvioso como pocos, y azotado por fuertes vientos, razón por la cual los padrinos faltaron a la cita. Dos Ministros de Estado asumieron la representación oficial en el acto solemne, al precio de quedar calados hasta los huesos.

La obra terminada resultó bastante costosa para aquellos tiempos. Al arquitecto Poncini, que la diseñó, y al maestro constructor Rusiñol, se les pagaron \$ 3.858. Los mármoles para el piso y el altar costaron \$ 4.000. Los adornos y acabado internos y externos se llevaron otros \$ 3.000. Al escultor Livi (que sería después el autor del monumento conocido popularmente como Estatua de la Libertad) se le pagaron 800 patacones por su grupo escultórico “Descendimiento de la Cruz”. Las puertas de hierro se fundieron en los talleres de Ignacio Garragorri y las barandas circundantes fueron forjadas por otro especialista de nombre Menditeguy. Ambos rubros se pagaron a razón de 3 pesos la vara.

Esta Rotonda –actual Panteón Nacional– era la parte oficial del Cementerio; después vendrían los particulares, con sus construcciones fúnebres propias. También se realizaron obras de enjardinado y embellecimiento, que terminaron convirtiendo a nuestro Cementerio Central en uno de los más importantes del Continente. Tan es así que por mucho tiempo los viajeros que visitaban Montevideo se trasladaban especialmente hasta el Central para admirar a la que se consideraba una de las construcciones más señaladas de nuestra ciudad.

Y aquí aparece un personaje bastante pintoresco e inexplicable, vinculado a la historia de nuestro Cementerio; probablemente un chiflado, un hombre extraño y de carácter imprevisible: el pintor italiano Baltasar Verazzi, que tuvo a su cargo la decoración pictórica de la Rotonda.

Primera rareza: cuando terminó su obra, colocó en una parte bien visible una leyenda en idioma italiano que, traducida al español, rezaba así: *“Baltasar Verazzi realizó esta pintura. 1863. Natural de Caprezzo, Alto Novarese, Italia. Este fresco ha sido pintado sólo por el dinero de los gastos; el trabajo personal ha sido dado de regalo a la Iglesia, así queda memoria del autor”*.

Pero esto, aunque insólito, no era nada comparado con lo que venía después: *“Es una vergüenza para la República Argentina, donde son bárbaros para las bellas artes, las infamias que el Primer Presidente General ha hecho sufrir a este artista. Las consecuencias han sido funestas”*. El extraño exabrupto se explicaría porque este pintor Verazzi había tenido fuertes choques con el

*Una familia
completa
presidida por los
bigotazos
patriarcales.*



General Justo José de Urquiza por el precio de algunos cuadros que le pintó.

Como es natural, las autoridades uruguayas, no bien enteradas del texto del letrero sobreadegado al fresco, lo mandaron borrar. Por lo demás, no parece cierto que el pintor extravagante realizara gratis su trabajo en nuestra Rotonda, pues hay constancia de que se le pagaron \$ 1.000...

En fin, aseguran los entendidos que la pintura de Verazzi no valía gran cosa, y además muy pronto se deterioró: apenas duró unos veinte años. En 1884 se le encargó a Juan Manuel Blanes una pintura que la sustituyera. Se le ofrecieron también mil pesos, dejándole total libertad para elegir su tema. Blanes optó por representar una glorificación del Padre Eterno, donde aparecían también los cuatro evangelistas. Y el 1ro. de noviembre de ese mismo año 84, Día de Todos los Santos, la Rotonda se abrió al público exhibiendo la nueva pintura.

Del chiflado Verazzi no quedaron ni noticias.

Los pescadores de tobillos

En el Montevideo de los años 1860 o 70, las mujeres usaban largas polleras que caían hasta los pies; y era común que, cuando iban por la calle, señoras y señoritas tuvieran que recogerse las faldas para no ensuciarlas. La operación de recogido de la pollera se hacía con la mano izquierda, ya que la derecha estaba indefectiblemente ocupada en cargar con el abanico, la cartera o la sombrilla, según los lugares y las épocas.

Como se ha relatado más de una vez, este acto de recoger levemente la falda se convertía en un momento de enorme emoción y de secretos significados para los incontables mirones que, apostados en lugares estratégicos, registraban conmovidos los más menudos detalles de la exhibición involuntaria.

Como suele ocurrir con casi todas las cosas de este mundo, hubo mujeres muy artistas y mujeres muy torpes en esto de recogerse las faldas. Estas últimas se limitaban a levantarlas nada más que lo indispensable, y lo hacían con ademán soso y rutinario, carente de toda gracia e intención. ¡Pero las primeras, las artistas, las magníficas!

Con habilidad consumada, aparentaban realizar un acto casual, distraído, obligatorio; pero en realidad revestían al operativo de todo un caudal de sabiduría sutil que iban volcando con finísima coquetería en cada giro de la mano, en cada presión sobre el pliegue conveniente, en cada alzamiento calculado del borde, cuidando que jamás excediera de una altura sugestiva, pero tampoco que se quedase corto...

Todas estas féminas sabias conocían las ventajas probadas de ser avaras en el mostrar, de modo que siempre se atenían a esta regla de oro. Contaban, además, con el carácter morboso e inhibido de los montevidéanos de entonces, para quienes no había nada más devastador que la insinuación velada. Y en efecto, aquellas damas y damiselas, cuando sabían develar lo indispensable, dejaban el tendal entre los maniáticos observadores.

Según relatan los costumbristas de la época, no bien algún afortunado lograba atisbar la dulce curvatura de un tobillo, salía corriendo hacia la rueda del café que frecuentaba, a contarles a sus camaradas, con lujo de detalles, lo más relevante de su descubrimiento. Y su crónica febril daba lugar a no menos febriles análisis anatómopsicológicos acerca del significado de aquellas leves curvas apenas entrevistas; sin que faltaran, para completar, sesudas comparaciones con memorables tobillos que otros habían descubierto antes en otras,

Imponencia de una señora fotografiada por F. Brunel (San José entre Convención y Arapey). Pedir hora.



así fuese semanas o aún meses atrás (pues la memoria enfermiza de aquellos galanes era capaz de llegar desusadamente lejos).

Ciertamente, había atalayas de preferencia donde los más entusiastas no perdían oportunidad de “pescar tobillos”; lugares donde, por un motivo u otro, se congregaban las bellas de la época y donde por lo tanto abundaban las oportunidades de entrever algo.

El apostadero preferido era la salida de misa de 1 de la Iglesia Matriz, los domingos o fiestas de guardar. Muchas de las asistentes al oficio religioso tomaban después el tren de caballitos del Este, que tenía allí su punto de partida, y que después de dejar nuestro Boulevard Sarandí, bajaba por Ciudadela hasta Soriano, siguiendo por Constituyente, Lavalleja, Defensa y Brandzen, hasta terminar en el llamado Campo Chivero, después Parque de los Aliados, hoy Parque Batlle.

Estos trenes de caballitos tenían el pescante bastante alto, de modo que las que quisieran subir tenían que levantar el pie más de lo habitual... con el beneplácito de la legión de mirones que se habían apostado religiosamente en la

esquina de la Matriz; mucho más religiosamente, por supuesto, que en la propia misa a la que acababan de asistir.

Otra cámara de torturas de nuestros galanes de los años 60 o 70 del siglo pasado, fueron los baños de mar. Ya sabemos que eran baños rigurosamente separados, porque a nadie se le hubiera ocurrido pensar que pudieran ser mixtos. Tanto en la Playa Ramírez como en la de los Pocitos, las mujeres tenían su zona propia, los varones la suya (cuentan que había un tercer sector exclusivo para caballos), separadas por alrededor de... 200 metros.

¡Y pobre del varón que intentase asomarse a la zona femenina, y mucho menos arrimarse a ella!, pues arriesgaba terminar en la comisaría. En efecto, siempre había apostado en las zonas críticas un ceñudo policía vigilando el lugar; y si alguno se hacía un poco el distraído y remoloneaba por allí tratando de entrever algo a la distancia, el guardiacivil le caía con voz de muy pocos amigos: “¡Circule, circule, que aquí no se puede estar!”

No faltó, sin embargo, algún audaz que incursionara a nado por la zona femenina. ¡Para qué! Criterio de chicas horrorizadas, conmoción en la playa, tipo en la comisaría.

Uno se pregunta intrigado qué podrían divisar estos curiosos aunque detectasen alguna bañista en la lejanía: pues se la hubiese encontrado enfundada de pies a cabeza en horribles pantalones y blusas negras y antiestéticas, más detestables aún que los ridículos mamelucos que vinieron después, en el 900.

Para completar el cuadro, tomemos nota de que aquellas chicas de los años 60 y 70 no se pintaban ni los ojos ni los labios, porque esas prácticas quedaban para las artistas de varieté o las mujeres de mal vivir. Las de bien vivir, en cambio, lo más que hacían era untarse el cutis con una crema inglesa que servía para adherir los polvos a la piel. Pero eso lo hacían sólo dentro de casa, casi a escondidas, y jamás a la vista de algún hombre, así fuese de la familia...

Con mujeres tan segregadas, tan cercadas, ¡como para no ser morbosos mirones los de aquellos tiempos, fanáticos pescadores hasta de los más mínimos tobillos! (Al revés de los de hoy, que ya no tenemos nada que pescar, abolidos como fueron todos los misterios).

Una quema en la Plaza Independencia

La escena es única en toda la historia de Montevideo: nunca volvió a repetirse algo parecido.

Se había levantado una especie de tablado próximo a la calle Florida, tal vez en las inmediaciones de donde hoy se encuentra el Victoria Plaza. En cada uno de los ángulos del escenario improvisado flameaba una bandera: dos uruguayas, una de Artigas, otra del año 25. Y en medio se había erigido una columna que simbolizaba la Independencia.

Pronto se van ubicando junto al tablado piquetes militares con sus bandas de música. Forman también las escuelas públicas. Poco después arriban autoridades nacionales encabezadas por el Presidente de la República y sus Ministros, que ocupan sus lugares en el estrado. Los rodean numerosos legisladores, figuras políticas de gran relieve, jefes militares.

Sobre una mesa próxima al Primer Magistrado, puede verse una caja de la que sobresale un mazo de papeles. Un poco más lejos arde un brasero.

Se declara abierto el acto con la mayor solemnidad. Hace uso de la palabra el señor Presidente, y enseguida, una a una, se van quemando en el brasero las hojas que alguien va extrayendo de la caja. Cuando las hojas terminaron de ser consumidas por las llamas, las bandas militares interpretaron el himno nacional y las cenizas se esparcieron al viento en medio de vivas y aclamaciones.

Esta insólita ceremonia pública tuvo lugar al mediodía del 18 de diciembre de 1864, bajo un sol abrasador. El Presidente de la República era don Atanasio Aguirre, ciudadano que militaba en el Partido Nacional. Estamos en las postrimerías del gobierno blanco, que pronto será derrocado por la Revolución encabezada por el colorado Venancio Flores con apoyo del gobierno de Brasil. (Pocos días después de este acto en la Plaza Independencia, las cañoneras brasileñas abrirán fuego sobre Paysandú, defendida por el general Leandro Gómez, inaugurando el célebre Sitio).

¿Qué eran los papeles que fue arrojando al fuego, uno por uno, el escribano de Gobierno Carlos Casaravilla? Todos ellos conformaban el texto completo de los llamados “Tratados del 51”, suscriptos durante la Guerra Grande, trece años antes, por el gobierno colorado de la Defensa con el Imperio del Brasil.

Los firmó en Río de Janeiro el enviado del Gobierno montevideano, Andrés Lamas, a quien se le encomendó, en ese 1851, que gestionara una alianza

militar con Brasil para que esta potencia se incorporara a la lucha contra Rosas. Brasil accede, pero impone condiciones muy gravosas que se traducen en los Tratados del 51, cinco en total: un tratado de límites (por el cual el Uruguay cede al Imperio partes del territorio que eran nuestras); un tratado de alianza; otro relativo a extradición; otro de préstamo, en condiciones muy rigurosas para nuestro país; y un quinto de comercio y navegación, con cláusulas que favorecen claramente al Brasil.

El Partido Nacional le reprochó siempre al Partido Colorado que hubiera aceptado estas condiciones y consideró a los Tratados del 51 una verdadera traición al país y una grave lesión de nuestra soberanía.

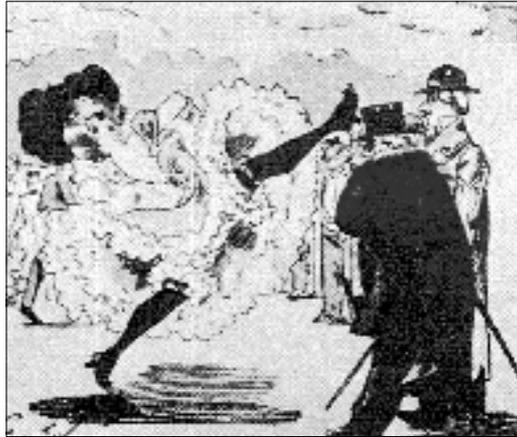
Por eso cuando el Partido Nacional llega al gobierno en el año 1860 con la presidencia de don Bernardo P. Berro, se dispone a dejar sin efecto estos Tratados con Brasil que siempre repudió. Y cuando pasa a ejercer la Presidencia interina del país el entonces Presidente del Senado don Atanasio Aguirre, él dicta un decreto extremadamente severo donde dispone “*declarar rotos, nulos y cancelados*” los Tratados del 51, “*arrancados violentamente a la República por el Imperio del Brasil*”, según dice textualmente el artículo 1ro. del decreto referido.

Y en concordancia con este propósito reivindicatorio, se resuelve llevar a cabo la destrucción pública de los Tratados en el acto solemne de la quema en la Plaza Independencia.

Un punto que dio lugar a controversias se refiere a la repercusión que tuvo en la ciudadanía el acto que se acaba de describir. Mientras unos afirman que fue acompañado por una verdadera multitud enfervorizada, otros pintan un cuadro de desinterés popular, asegurándose que la asistencia fue puramente protocolar. Y como no existen testimonios gráficos que nos proporcionen una imagen fehaciente de la concurrencia al acto, el punto quedará siempre sin dilucidarse.

En cualquier caso, y se juzgue como se juzgue el contexto histórico y político que explica la ceremonia de la Plaza Independencia, se debe reconocer que fue una escena irrepetida e insólita la que presenció Montevideo en aquel calcinante mediodía del 18 de diciembre de 1864.

*Montevideanos
absortos*



El día en que París desembarcó en nuestro puerto

A pesar de los graves acontecimientos políticos y militares que se venían desarrollando en el país, la gente montevideana no pareció perder sus afanes farristas y frivolones; y como Montevideo, por lo que se ve, se había aburrido de ser Montevideo, decidió sin más convertirse en París. Se subraya: no meramente imitar a París –lo que no sería ninguna novedad–, sino ser París literalmente, aunque fuera por un tiempo. Esta fiebre se instaló entre nosotros allá por los años 1868 y 69, con los resultados inesperados que vamos a ver.

Todo vino porque hubo en Montevideo un grupo de serios varones que empezaron a envidiar la suerte de los varones serios de París, capaces de empararse todas las noches con el burbujeo mareador del vertiginoso cancán en plena boga, de los frufús provocadores donde perdía el seso el más pintado, y de la locura desenfadada de los compases de Offenbach, que campeaba irresistible en los escenarios frívolos de toda Europa... mientras que nosotros teníamos que conformarnos con alguna que otra ópera aburrida en el Solís.

Se comprende que nuestros antepasados se sintieran asfixiados por estas chaturas uruguayanas, y fue entonces que resolvieron, todos a una, trasladar aquí a París tal cual era, e instalarlo en el centro mismo del casco urbano: por menos de eso no valía la pena. Quisieron por una vez, aquellos soñadores, un Montevideo picante, zafado, recreado sobre nuestros hastíos y rutinas por francesas auténticas, envasadas en origen.

Y como en el fondo aquellos caballeros pecaminosos no eran otra cosa que mercaderes y gente de negocios, no tuvieron otra ocurrencia que fundar, antes que nada, ¡una sociedad anónima! Cuándo no. Una respetable sociedad anónima –la cual, como es sabido, todo lo santifica– que hiciera posible conseguir el capital necesario para construir un teatrillo ideado *ex profeso* para esta clase de zafaduras, pero también para solventar la importación de la mercadería indispensable, esto es, las francesitas que aquí desplegarían todo su cancán arriba del escenario.

A fines del 68 comenzaron a colocarse las acciones; y para que se vea que no era un simple ramillete de iluminados los que alentaron este ideal, en muy corto tiempo las acciones volaron. Y eran de doscientos pesos (que en aquel tiempo era plata), pagaderas en ocho mensualidades. Se quería alcanzar así la suma total de 60 o 70 mil pesos (que era muchísima plata), cifra que los financieros consideraron indispensable para conducir a buen puerto la empresa.

Resuelta de ese modo vertiginoso la financiación, vino luego el problema de ponerle nombre al teatrillo que se iba a construir. Dados sus fines escabrosos, se trataba de conseguir un nombre que no lo fuera menos. Sin embargo, aquí los crasos montevidianos mostraron la hilacha de su presuntuosa corteidad pseudo-culta, y bautizaron al nuevo antro... ¡el Alcázar Lírico! Nada que ver con lo que aquellos descocados pensaban meterle adentro. ¿Quién pensaría encontrar pecado adentro de un Alcázar, y encima Lírico?

Menos mal que para compensar en algo tamaño desbarre, los abanderados de la empresa pusieron a su frente a un francés auténtico, de nombre más que prometedor: monsieur Armand de Tourneville, apelativo que parecía salido de algún melodrama febril. Y a este Tourneville se lo nombró gerente-administrador (no merecía menos la resonancia aristocrática del apellido), y le fue fijado un sueldo que puede considerarse dispendioso para aquellos días: cien pesos mensuales uno arriba del otro.

Siguiente punto a resolver: el emplazamiento del templo del pecado. Uno pensaría en un lugar discreto y algo escondido, para ayudar a los desplazamientos de una concurrencia que no querría exhibirse demasiado en pasos más que dudosos. Pues bien: la sociedad anónima compró un terreno... ¡detrás de la Matriz, a los fondos de nuestra magna Catedral! Allí se desplegarían los escandalosos desvaríos: Treinta y Tres entre nuestra púdica Sarandí y Rincón. Un magnífico solar, según cuentan. Se ve que ya nada detenía a aquellos desafortunados salidos de cauce.

Una pareja que parece reflejar la solidez de una clase media que empezaba a hacerse estable.



Lo previsible ocurrió: no bien se conoció el proyecto, estalló un escándalo en la aldea como se recuerdan pocos. Es que la iniciativa venía a desafiar por igual a dos poderes inatacables de aquella sociedad: la Iglesia Católica y las esposas. Entre revuelos de sotanas y revuelos de polleras, el gallinero se alborotó (más por las polleras que por las sotanas, aunque éstas volaron).

Como es comprensible, las esposas montevidéanas se vieron venir el Apocalipsis: ¿qué quedaría en pie de sus castos y púdicos maridos, una vez que cayeran en manos de esas satánicas francesas, sabedoras de artes escondidas y ciencias misteriosas que las mujeres decentes no eran capaces de imaginar siquiera?

La batalla fue encarnizada y feroz, tanto en la liza conyugal como en la parroquial. Las reyertas menudearon en las casas y los sermones en los púlpitos. Todo inútil: ya nadie era capaz de ponerles freno a los desatados montevidéanos una vez que olfatearon el inminente descoque. Por más esposas y curas que se les cruzaron en el camino, el Alcázar Lírico siguió su marcha imparable.

Mientras el teatrillo se iba levantando a marchas forzadas, las cartas a París iban y de París venían, ultimando todos los detalles. Una de esas cartas revolvió aun más el avispero: anunciaba que un 15 de agosto se embarcaría el Jefe de la Orquesta (¡oh!) y el director de escena (¡ah!), y que un mes después zarparía hacia América la Compañía completa con todos sus accesorios, incluido el accesorio principal, que era el lote de francesas.

Y para que los montevidéanos fueran haciendo boca, pronto llegaron las fotografías de las chicas. “Todas exactas”, aclaraba aviesamente desde París don Armand de Tourneville. Nuestros novatos empresarios no podían creer lo

que veían sobre aquellas láminas a cual más incendiaria. Allí mismo habrían perdido la cabeza si no fuera porque ya hacía rato que no la tenían puesta.

¡Y qué decir de los nombres de las integrantes del elenco artístico! Nuestros bisabuelos temblaban de emoción al enterarse de que Mademoiselle Estaghel se llamaba la primera cantante; que Mlle. Pontois era la soprano; y Mlle. Perrichon la cantante joven; y Mlle. Cattel la ingenua; y Mlle. Manleon la característica; y Mlle. Pierron la confidenta!: ¿quién podría conservar la cordura?

Conviene hacer un alto aquí para salirle al cruce al pensamiento escéptico que tiene que estar pasando por las mentes de todos los lectores, como antes por la de este autor. Todos estarán anticipando que aquella absurda empresa terminó en fraude, en burda estafa, o que el proyecto se derrumbó de la manera más estrepitosa, o aún que estas francesas deslumbrantes al final no vinieron, o que si vinieron no eran nada deslumbrantes sino unos papagayos que nada tendrían que ver con las fotos anticipadas por el tal Tourneville, vulgar adulterador.

Pues no, señor: las francesas de las fotos fueron todas de verdad. Tal cual se las vio, así llegaron: muy capaces –al decir de una gacetilla de la época– “*de sacar de las casillas al más beato de los hombres*”.

Y el 16 de noviembre de 1869, con toda pompa y los soponcios en la aldea que son de imaginar, se inauguró nomás el Alcázar Lírico, que resultó un precioso teatrillo de variedades, con dos galerías altas y una fila de palcos bajos con reja (seguramente para contener a las fieras).

Lo más sorprendente fue el éxito de aquella inauguración, habida cuenta de las amenazas conyugales y las excomuniones anunciadas. Aquel teatro con capacidad para seiscientos espectadores, albergó más de mil, no se sabe cómo. Fue el gran acontecimiento artístico de la época, que dio tema para incontables meses de comidillas y chismorreos.

Tal vez lo más inesperado de aquella inauguración fue que estuvo repleta de... esposas. Se cuenta que acudieron en legión, no se sabe si por curiosidad malsana, o en menesteres de espionaje y vigilancia, o por ver si podían aprender algo de las artes de aquellas sabihondas importadas. Y las mujeres no sólo acudieron en la noche magna de la inauguración: también en las otras noches magnas que siguieron.

Y que fueron unas cuantas para nuestra módica escala: tuvieron que hacerse treinta funciones seguidas en las que el despiole, según las crónicas, fue

memorable, aunque no siempre bieneducado. En efecto –siguen las gacetillas–, nuestros bisabuelos se excedieron en gritos, silbidos, pataleos y vociferaciones, desacostumbrados como estaban a semejantes desbordes parisienses. Contra lo que pudiera creerse, no fueron los viejos verdes los más desacatados, sino los niños bien, que entonces eran llamados “jóvenes decentes” (entre comillas, claro está).

Es muy de lamentar, pero aquellos saludables desafueros y fulgores no duraron mucho. Los aventó la guerra, que todo lo troncha. Don Timoteo Aparicio se levantó en armas sin tomar en cuenta los afanes gloriosos de nuestros farristas montevidianos, y se aposentó sobre la ciudad una nubazón luctuosa que resecoó frufuses y cancanes.

El final de la aventura fue penoso. Empezaron por cambiarle el nombre al templo del pecado, que de Alcázar Lírico pasó a llamarse, tardíamente y bien a contramano, Teatro Francés. Pero se habían acabado las importaciones de París, y a cambio se presentó en su escenario una pedestre compañía gimnástica americana, salpicada por otros números surtidos de chatura equivalente.

Como era justo después de tan abrupto desbarranque, la sala cerró sus puertas poco después y la divina ilusión que alimentaran unos cuantos alocados montevidianos quedó soterrada para siempre.

Un ascenso a Coronel en medio de la balacera

La batalla se hace encarnizada y menudean los tiros de uno y otro bando. Las fuerzas del Gobierno tratan de recuperar el pueblo de la Unión, tomado por las fuerzas blancas del insurrecto Timoteo Aparicio.

En la vanguardia del ejército gubernista peleaba el 3er. Batallón de Guardias Nacionales, integrado –dice un cronista– “*por muchachada selecta de Montevideo*”. Era, si se quiere, la unidad mimada, que ocupaba un puesto de vanguardia en los desfiles; pero también lo reclamaba en las batallas más riesgosas.

Comandaba el 3ro. de Guardias Nacionales un oficial de bien ganado prestigio por su bravura y temple: el Comandante Zas, que en este encuentro de la Unión había gestionado para su batallón un puesto de avanzada. Por

cierto le fue concedido, y la unidad fue a ocupar su lugar con las banderas desplegadas.

Participaba en la acción el propio Presidente de la República, que lo era entonces el General Lorenzo Batlle, a quien acompañaba su Ministro de Guerra. Y en lo más nutrido del tiroteo se les acerca el Comandante Zas: *“Señores, con todos los respetos, les ruego que se retiren de aquí, porque se encuentran en una posición extremadamente expuesta”*. *“Tanto como usted”*, le contesta el Presidente. *“Pero yo soy solo un Jefe de Cuerpo. Usted es el Presidente de la República”*.

En ese momento arrecia el ataque enemigo y el fuego se redobla peligrosamente. El Comandante Zas, sin vacilar, se cruza con su caballo por delante del Presidente para protegerlo. El Presidente la grita: *“¡Retírese, Coronel!”* El Comandante Zas no se da por aludido. *“Le ordeno que se retire, Coronel!”*, insiste el General Batlle. El Comandante Zas se vuelve hacia él, sorprendido, y le pregunta: *“¿Es a mí a quien le habla?”* Y el Presidente: *“A usted mismo, Coronel Zas”*.

Recién entonces comprendió éste el sentido del nuevo tratamiento que el Presidente había insistido en darle por tres veces. Hizo una venia respetuosa y replicó: *“Como usted ordene, mi General”*. Y se alejó sin decir palabra.

Al día siguiente recibió los despachos confiriéndole oficialmente el grado de Coronel, que el Presidente le había otorgado entre las balas por su arrojo y desprendimiento.

Un Correo nacional que usa sellos extranjeros

Aunque hoy nos parezca inconcebible, hubo un tiempo en que, si un uruguayo enviaba una carta a Europa, tenía que presentarse en las oficinas del consulado inglés o francés y allí comprar estampillas de estos dos países. Sin ese requisito, no había forma de que la carta saliese fronteras afuera. Y eso que ya existía un Correo nacional.

Y no estamos hablando de épocas remotas de nuestro pasado: el Uruguay ya era hacía rato un país soberano y más que consolidado como entidad nacional, puesto que esto ocurrió hasta 1872; pero aun así seguíamos dependiendo de Inglaterra y de Francia.

*Una Señora de su Casa
con aire de Reina-Madre
y su escalera de
princesas-hijas.*



Un aviso publicado en la prensa montevideana de 1870, muestra con toda claridad esta situación de dependencia: *“El paquete postal británico “Arno” saldrá para Brasil y Europa el día 29 de enero. La correspondencia franqueada con sellos postales británicos se recibirá en la Oficina de este Consulado General de Su Majestad Británica hasta las 8 de la mañana del día 29 de enero. Como el franqueo de las cartas se debe hacer por medio de sellos postales británicos, se avisa que estos sellos se venden hasta las 6 de la tarde del día 28, y pasada esa hora será imposible conseguirlos”.*

Digamos, por si sirve de consuelo, que esta supeditación a las dos potencias europeas no le era impuesta sólo a nuestro país: también a Argentina, Brasil y Paraguay, tal como si fuéramos factorías o colonias. ¡Pero si hasta la correspondencia oficial, la que enviaba nuestro Gobierno a sus agentes diplomáticos en Europa, tenía que pagar franqueo en los consulados inglés y francés!

Hasta que un día apareció alguien que se atrevió a decir “basta”. Y para nuestro orgullo debemos decir que, antes que Brasil o Argentina, fue el Uruguay el que se decidió a terminar con esta situación a todas luces humillante.

Bajo la presidencia interina de don Tomás Gomensoro, se designó Ministro de Relaciones Exteriores al doctor Julio Herrera y Obes; y una de las primeras medidas que adoptó el nuevo Canciller fue salir a defender con energía nuestros derechos soberanos, para lo cual dictó un decreto muy firme denunciando esas prácticas postales de los dos consulados europeos.

Dice el decreto: *“Todos estos hechos son abusivos, porque no se apoyan en autorización legítima, y algunos importan invasión de atribuciones administrativas, ejercicios de actos de dominio y soberanía, que el Gobierno no puede ni debe consentir”*.

Luego de otras fundadas consideraciones, el decreto pasaba a la parte resolutive: *“En consecuencia, y en uso de su más perfecto derecho, el Gobierno ha dispuesto que en adelante toda correspondencia que salga de la República, cualesquiera sean los buques que la conduzcan y los puertos a que se dirija, sea despachada por el Correo Nacional, sin intervención alguna de los consulados extranjeros”*.

Por cierto que esta medida generó resistencias en las representaciones diplomáticas europeas. Inclusive algún barco inglés llegó a rechazar correspondencia por tener sellos uruguayos y no británicos. Fueron necesarios meses de activas gestiones de gobierno a gobierno para que al fin Inglaterra y Francia reconocieran nuestro derecho a manejar por nosotros mismos nuestros asuntos postales.

La actitud uruguaya fue aplaudida calurosamente por los demás países afectados, y en particular por Argentina, cuyo gobierno había intentado más de una vez dar un paso similar, pero sin éxito alguno. En cambio ahora, el decreto firmado por Tomás Gomensoro y Julio Herrera y Obes les abrió el camino para poder reparar, por fin, una situación vergonzosa e inadmisibles, que nuestros países soportaron por demasiados años.

Dos presidentes vistos por dos viajeros curiosos

A pesar de la abundancia de testimonios de viajeros que pasaron por nuestra ciudad, no es común encontrar opiniones sobre presidentes uruguayos. Recojo dos, reconociendo que no son deslumbrantes por su agudeza.

La primera pertenece a un aristócrata alemán de nombre algo intrincado: el duque Paul Friedrich Wilhem Von Wurtemberg, quien en 1852 tuvo ocasión de visitar a nuestro Primer Mandatario, Juan Francisco Giró.

“Visité al Presidente de la República, don Giró –dice con talante francamente confianzudo–, quien me recibió en su aposento oficial de la Casa de Gobierno. Era un salón bastante amplio, lleno de escudos de Montevideo (?). El Presidente es un bello anciano de noble porte, trato amigable y sencillo, y sumamente prudente en su razonamiento. Este señor me conmovió al llegar caminando con la más torrenciosa lluvia a la Casa de Gobierno, ya que no vive en el Centro de la ciudad ni posee medio propio de locomoción”...

Treinta años después llega a Montevideo un norteamericano de nombre más transitable: Franck Vincent; y aunque no tuvo, como el anterior, una entrevista personal con el Presidente de entonces, que lo era el general Máximo Santos, se preocupó de describirlo cuando por casualidad lo divisó desde lejos. Su testimonio es algo más sabroso que el del germano, aunque con algún detalle un poco truculento.

“Por la noche fui a la ópera. Era una superficial pieza de Offenbach, cantada por una compañía española con una orquesta de treinta instrumentos. Lamento no poder alabar a ningún ejecutante, vocal o instrumental”. Luego de dejar demostrada así su severidad crítica, agrega una observación costumbrista algo enigmática: “Cuando salía me llamó la atención un curioso palco cerrado por celosías. Me informaron que estaba reservado para personas de duelo, que deseaban presenciar la función sin ser vistas. Es una costumbre de la que puede llegar a abusarse” (?).

Y aquí llega el Presidente Santos, según la versión del norteamericano: *“Cuando estaba parado en la puerta para ver pasar a la “crema” (sic), me señalaron al general Santos, entonces Presidente de la República: un hombre muy pequeño, delgado, con una cara despejada, inteligente, vestido con sencillas ropas civiles, y seguido por un enorme negro correctamente uniformado”...*

Y remata su crónica de viajero con una observación que no deja de estremecernos un tanto: *“Me dijeron que el Presidente probablemente estaba acompañado por media docena de guardaespaldas, pues el fantasma del asesinato siempre planea sobre las Repúblicas Sudamericanas” (!).*

Visitando al Ruso

En el mismo predio donde hoy, inútilmente nostálgico, sobrevive mal que bien el Club Uruguay, que fuera antro dorado de nuestras clases distinguidas, funcionó inmediatamente antes un café y restaurante que muy plebeyamente se llamaba “Del Ruso”, y que supo atender las necesidades de un vasto sector de la fauna montevideana de las últimas décadas del siglo pasado, sobre todo de la fauna nocturnal.

A su frente se encontraba el personaje epónimo, que era, por lo que se sabe, un tipo original, avisado y generoso. Si bien todo el mundo lo llamaba “el Ruso” (y él condescendía en que lo designaran así), de ruso no tenía nada. Era genovés, y genovés cerrado; tan genovés y tan cerrado que, por más que hacía años que trotaba por Montevideo, seguía hablando genovés como si su vida transcurriera en Génova la Superba.

Nadie le conocía nombre y apellido, que la crónica también se saltó. ¿Para que le serviría el dato a la gente que lo trataba? A sus clientes les bastaba con reclamar: “A ver, Ruso, traeme esas perdices en escabeche, ¿qué estás esperando?” Y el ruso-genovés volaba de la cocina a las mesas y de las mesas a la cocina, sin dejar a nadie de a pie.

Como tantos paisanos suyos cuando les daba por ser trabajadores, era un laborador incansable. Se comentaba que no dormía nunca, y así debía ser en efecto porque el establecimiento del Ruso no cerraba jamás sus puertas, y a la hora que usted fuera, allí lo encontraba al pie del cañón.

Sus platos no eran refinados, hay que reconocerlo; pero nadie se lo reclamaba tampoco. Los farristas y los trabajadores que, según la altura del día, se iban alternando en las mesas algo rústicas de su casa de comidas, se conformaban con sus famosas minutas preparadas, eso sí, por sus manos mismas. Y a ninguno se le ocurría echarle en cara que la milanesa traía a veces alguna reminiscencia de pescado, o la tortilla a la española venía con no sé qué tufillo

*Francisco Piria,
remontándose con
sus proyectos
fantasiosos.*



de otra procedencia, y ello porque el Ruso, para andar más rápido, preparaba todos sus platos en el mismo sartén. Pero eso todos lo sabían: él no engañaba a nadie.

Sin embargo, acaso la virtud más señalada del Ruso, más aún que su buena mano de cocinero de medio pelo, era su bonhomía ya proverbial, la simpatía que derrochaba en el trato con los clientes y su comprensión cuando se presentaban situaciones “especiales”. Esto quiere decir que jamás le negaba un plato a nadie y eran muchos los que comían de fiado.

Es más: llegaba a prestarle dinero al necesitado, sin cobrarle jamás ni un peso de interés. Pero como de bobo no tenía un pelo, él sabía muy bien hasta cuánto podía estirarle el préstamo a cada uno para que no se volviera incobrable, y raras veces se equivocó.

Algunos, sin embargo, llegaron a clavarlo; pero de su boca no salió ni una palabra de reproche. Nunca. Eso sí: él aplicaba ciertos métodos no muy santos para resarcirse: repartía el clavo parejamente en las cuentas de todos los demás, de modo que para nadie se hiciese gravoso.

A veces recurría también a un procedimiento que suponía una cierta sagacidad psicológica. “*A ver, Fulano, si me paga los 60 pesos que me debe*”. El cliente protestaba: “*¿Cómo 60 pesos? ¡Mire si le voy a deber semejante fortuna!*” (En aquella época lo era). “*¿Y cuánto, entonces?*” “*Veinte como mucho*”.

“*Está bien: págueme esos 20*”. La verdad es que el Ruso no tenía la menor idea de cuánto le debía ese cliente, pero algo recuperaba.

Y tan mal no le debe haber ido en sus funciones de fiador y prestamista, porque el Ruso llegó a labrarse una buena fortuna con su restaurante, y así se dio el lujo de que sus hijos estudiaran una carrera, llegaran a obtener título universitario y se destacaran por igual en su profesión y en su conducta privada, para legítimo orgullo del modesto inmigrado que los hizo salir adelante.

Hay un episodio que pinta a las claras la bondad de este hombre y su arte para lidiar con clientelas ariscas o sobregiradas. La especialidad de la casa eran las perdices en escabeche, que tenían enorme aceptación en las madrugadas, cuando los muchachos retornaban de una noche de farra en el Bajo o en las Academias de la zona.

Cierta vez, un grupo de jóvenes de familias “bien” –como se decía entonces–, de retorno de una incursión en los antros de la mala vida, resuelven caerle al Ruso, de quien eran asiduos clientes, y comer gratis las benditas perdices en escabeche. Aprovechan que la noche venía agonizando y todos en el salón estaban somnolientos, para acercarse subrepticamente al mostrador y retirar de allí, con todo cuidado, una sopera llena de perdices. Nadie reparó en la travesura.

Los muchachos cruzan muy contentos hasta la Plaza Matriz, se sientan en un banco debajo de un ombú que había entonces, y empiezan a darse un banquete a dedo nomás, muy ufanos de su hazaña.

Y estaban en lo mejor cuando, sin que nadie lo viera venir, se les aparece el Ruso en persona. Todos se quedaron demudados, sin saber qué hacer ni qué decir. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando vieron que el Ruso traía consigo una gran canasta, llena de panes, cubiertos, platos y hasta dos botellas de buen vino. “*¡No faltaba más que clientes míos comieran en la calle como los perros!*” Fue lo único que les dijo, se dio media vuelta y volvió a su comercio sin una palabra de reconvención. (Seguramente, después les descontaría el gasto de a poco, recargando por partes iguales sus consumiciones futuras).

No se sabe bien cómo terminó la historia del Ruso y su restaurante. Debemos suponer que un día lo habrán desalojado para dar paso a la construcción del deslumbrante Club Uruguay, inaugurado en 1888. Al Ruso se lo llevó la noche. Que se sepa, no quedaron rastros de su paso por nuestro Montevideo. Pero es bien seguro que fueron legión los que lo echaron de menos.

*Niñas duplicadas,
mostrando la
formalidad y el
empaquetado de los
mayores.*



Una huelga de sermones caídos

Hoy nos parece la cosa más natural del mundo que, antes de casarse por la iglesia, la gente se case por lo civil. Pero para alcanzar esa meta –que los dos actos matrimoniales se desarrollaran en este orden–, hubo que librar una batalla que llegó a ser estruendosa.

Recién en 1885 se consiguió promulgar la ley que hizo obligatorio el casamiento civil, y obligatorio que se cumpliera antes que el religioso. Ocurrió bajo la presidencia del general Máximo Santos y la sola presentación del proyecto despertó las furias militantes de la Iglesia Católica (como se observa, este encontronazo entre los ámbitos estatal y religioso se anticipó en mucho a los que mantendría después Batlle y Ordóñez, quien sin embargo ha quedado como el adalid de estos enfrentamientos: ya se ve que tuvo quien lo precediera largamente).

Presentado el proyecto, todos los púlpitos bramaron: no hubo iglesia donde el cura no lanzara sapos y culebras contra aquella iniciativa que consideraban hereje y atentatoria. Pero el Poder Ejecutivo no reaccionó con menor virulencia: declaró que aquellos sermones equivalían a actos subversivos que ponían en peligro el orden público al socavar la autoridad estatal.

El Presidente Santos (a quien se ve que el apellido no le estorbaba en sus relaciones con la Iglesia) ordenó a la Policía que prendiese a los curas que usaran el púlpito para hacer propaganda en contra de la iniciativa.

Y fue entonces que los curas replicaron con una medida insólita: resolvieron enmudecer. En són de protesta, comenzaron lo que habría que llamar una huelga de sermones caídos, ya que no se les oyó decir palabra durante las ceremonias religiosas. Y esto se notó particularmente durante la Semana Santa de ese 1885, que fue una semana dramáticamente muda en todas las iglesias.

La medida no dejaba de ser temible para el gobierno: no olvidemos que en ese entonces la mayoría de nuestra población concurría regularmente a los templos y la Iglesia tenía poderoso ascendiente sobre las familias. Y a la verdad que no dejaba de ser impresionante y sobrecogedor aquel silencio que “resonaba” con fuerza imponente en medio de la solemnidad de las ceremonias sin palabras.

Sin embargo, los partidarios del proyecto, con el General Santos a la cabeza, no cejaron en sus propósitos. Y después de muy ásperos debates parlamentarios, el proyecto se aprobó en mayo del 85, sin que la sangre llegara al río.

Desde ese momento, el matrimonio civil pasó a ser el único válido y obligatorio que el Estado reconocería. El matrimonio religioso –de cualquier religión– era absolutamente libre, pero debía efectuarse después del civil y exhibiendo certificación probatoria de que éste se había realizado. Si un sacerdote o pastor no cumplía con este requisito y efectuaba el casamiento lo mismo, tendría pena de seis meses de prisión la primera vez, y de un año en caso de reincidencia.

La única excepción que contemplaba la ley era el casamiento *in extremis* debidamente probado; pero él no generaba efectos civiles de ninguna clase.

Fue ésta una muy dura batalla que desgarró a nuestra sociedad en el pasado fin de siglo, pero de la que hoy conservamos muy escasa memoria.

Su Majestad el Corset

Mal se podría reconstruir la vida montevideana en las últimas décadas del siglo pasado, sin darle entrada a un personaje vestimentario que fue fundamental en la vida y las dichas de nuestras mujeres, pero más que nada de nuestros

hombres: el corset, protagonista secreto de mil andanzas, avatares y sucesos de los géneros más inverosímiles.

Los entendidos en belleza femenina consideraban al corset la parte más importante del atuendo de la mujer, a pesar de que no se veía (o justamente por eso). Entre sus ventajas señalaban la de obligar a las damas a caminar con cierta parsimonia de movimientos, “*cadencia que por sí sola sirve para realzar la belleza femenina*”...

Si se quiere, se le atribuían al corset poderes propios de un ilusionista: “*Usted podía ver por la calle un cuerpo soberbiamente modelado, y ello no deberse a las bellezas naturales de las formas en sí*”, sino a la habilidad con que la titular se corseteaba. La clave radicaba en elegir corsets de confección excelente, capaces de exaltar exactamente todo aquello que su portadora quería que fuese exaltado, reduciendo o escondiendo lo que exactamente no.

La teoría de los expertos pretendía que las mujeres debían empezar a usar corset desde niñas, y así se hacía. Se fabricaban para ello pequeños corsets armados con ballenas muy flexibles, y cuyo corte amoldaba y perfeccionaba desde muy temprano las formas nacientes. Se los aplicaba a infantas de once o doce años (pobrecitas).

Pasando al universo de las adultas, digamos que se vendían corsets para todas las ocasiones imaginables, a las que iremos pasando revista. Pero debemos adelantar que, para que una mujer pudiese considerarse verdaderamente elegante, debía poseer la colección completa y saber adecuar cada prenda a la situación correspondiente, sin confusiones que podrían resultar enojosas.

Por cierto, el corset más memorable de todos era el destinado a usarse el día de la boda. Lo describen como de moiré blanco, forrado de tafetán color rosa, adornado con encajes valencianos y de calado, por los cuales se hacían correr cintitas del grosor de un tallo de espiga... La norma exigía –ignoro por qué y no pregunto– que ese corset de noche de bodas fuese completamente cerrado por delante, debiendo sujetarse por detrás.



En cambio, el corset destinado a llevarse en los bailes tenía que ser de raso rosado o celeste, sencillo y adornado de punto de aguja (no respondo de la precisión técnica de los términos).

Después había un corset de raso negro, dispuesto con guipur y cintas, pero éste no se aclara bien a qué uso estaba destinado. Cabe sospechar que fuera el de los malos pasos.

Y estaba también el corset de uso diario, moldeado en raso azul y adornado de encajes blancos. Y los de la estación veraniega (ya que la canícula no era pretexto para dejar de usar corset) que se confeccionaba de batista o de tul y en la paleta de los colores suaves, *“muy agradables para combinar con los ligeros trajes de estío...”*

Aunque nuestras mujeres del siglo pasado y comienzos de éste no eran casi deportistas, había que contemplar el caso de las que gustaban practicar “lawn-tennis” (que así se decía y se escribía) u otros “juegos de sociedad” que exigieran cierta movilidad. Para estas “sportswomen”, el corset era de raso y no estaba armado por medio de ballenas sino de resortes (!), que tenían la virtud de sostener el talle *“dejándole toda su flexibilidad, su gracia y su comodidad de movimientos”*.

Y ha de saberse, por último, que hasta para andar a caballo se usaba un corset especial, del que sólo sabemos, extrañados, que tenía que estar confeccionado en piel de gama, jamás de gamo, aunque se desconoce la causa de esta diferenciación sexual.

Una información más, casi seguramente ignorada por el vulgo lector. Existía por esos años una prenda diferente del corset –o acaso una variante del mismo– que se llamaba “cinturón matinal”, destinado (según deducimos sagazmente) a usarse en las primeras horas del día.

Estaba hecho de batista azul o de raso con charreteras (sic), y no era totalmente inocente, puesto que estaba pensado *“para sostener el pecho por debajo y producir la ilusión de un busto perfecto. Es indispensable para las elegantes y para las mujeres un tanto gruesas que no hacen su toilette desde temprano”*. O sea: para presentarse ante el marido con cara de recién despertada, pero haciéndole tragar la píldora de un busto perfecto.